

Testimonios de la Vida del Padre Coll

6.- Testimonio de H. Antonell

“Otro hecho sucedió al P. Coll predicando en Artés. He aquí cómo lo refiere la Hna. Antonell, quien lo oyó a Teresa, hermana del P. Coll, la cual se lo había oído a la sirvienta del entonces Cura de Artés. Dice, pues, dicha Hermana que estando en la Casa-Rectoral de Artés, descansando del trabajo cotidiano del novenario, supo el P. Coll, por confidencias reservadas, que algunos lo tenían todo dispuesto para quitarle la vida al salir de la casa a la iglesia. En efecto; apenas salió de casa, empezaron a tirarle pedradas; pero, sin duda, por haberse metido de prisa en la casa, no tuvieron tiempo para lograr sus criminales deseos. No desistieron, sin embargo; pues quedaron en las afueras, esperando a que saliese de nuevo; pero advertido el P. Coll de sus intentos, burló sus maquinaciones, saliendo por una puerta falsa e internándose en un bosque, no sin darles primero el adiós con la mano. En otra ocasión estando predicando en Artés el P. Coll, siendo ya media noche, le llamaron unos hombres para confesar a un enfermo de gravedad, según ellos. Deferente el P. Coll con la súplica dio orden de que abriesen la puerta, y les acompañó hacia donde estaba el supuesto enfermo. Pero apenas se alejaron, le manifestaron resueltamente sus intentos de quitarle la vida. Al oír esta inesperada propuesta, inmediatamente les contestó: cuando queráis; mas al ver ellos tanta serenidad, se convirtieron y pidieron confesión.

7.- “Estando en Guisona, notó que una niña lloraba inconsolable. Preguntó la causa, le dijeron que por no ver a Sacerdotes o Hermanas, e inmediatamente la tomó en sus brazos y la puso al cuello, haciéndole caricias. No tenía acepción de personas ni hacía distinción entre las gentes, tratando lo mismo a ricos que a pobres, aunque guardando a todos las consideraciones debidas, pero a todos hablaba del cielo, y hasta a los que encontraba por los caminos preguntaba: "¿quieren ir al cielo?". Puedo asegurar que a pesar de conocer desde niña al P. Coll, cuando aún era Coadjutor y Sacerdote suelto en Moyá, jamás le vi enfadado; y que durante el tiempo que estuvo al frente de la Congregación, es decir, desde 1856 a 1875, nunca oí quejarse a las Hermanas de que las hubiese reñido, traspasando los límites de la mansedumbre. No quiere decir esto, que se dejase llevar de su innata mansedumbre, dejando sin corregir los defectos: al contrario, si diligente y suave era en la corrección privada, no menos diligente y severo en la corrección pública.

8.- testimonio de Hna. Rosa Avellana.

“Muy grande, era la fe del V.P. Coll, pues lo demostró en muchas ocasiones, y en especial en la que fui yo testigo. Tuvimos que emprender un viaje los dos, y mucho antes de llegar a mi destino me dijo: "yo tengo que partir para otra parte, así es que tendrá que concluir el viaje sola". Viendo yo que se hacía de noche, y en país del todo desconocido, me excusé, y entonces, echándome la bendición, me dijo: "anda, hija, Dios será tu guía". No tardé en ver cumplida su promesa; pues a los pocos minutos se me presentó un hombre, diciéndome a dónde iba, y si quería que me acompañase. Temía yo mucho, por no conocer a tal sujeto; pero la verdad, su aspecto me infundió confianza. Me acompañó, pues, a la población (que era Calaf), y desapareció sin saber cómo”.

9.- testimonio del sacerdote Jaime Clotet.

“Predicaba un día un sacerdote con un fervor nunca oído. Me llamó la atención, y salido de la iglesia pregunté quién era, y me contestaron: "el P. Francisco Coll, religioso Dominicano". En adelante ya no me admiré de que la fama publicase que el P. Coll convertía muchas almas; pues aunque no se sirviera de elocuencia humana, no podían dejar de rendírsele al oír aquellas frases, salidas del corazón encendido en el amor de Jesucristo y en vivísimos deseos de cooperar a la salvación de los pobres pecadores. Pude convencerme de lo que estoy diciendo después de algunos años, cuando nuestra Congregación de Misioneros, Hijos del Inmaculado Corazón de María, estuvo ya formada. El celoso P. Coll pidió a mi respetable Superior se dignase concederle algunos individuos de los nuestros que le acompañasen a él en sus misiones. Y dispuso Dios fuese yo uno de los elegidos, de lo cual me alegré mucho.

10.- testimonio del sacerdote Jaime Clotet.

“La primera Misión que hicimos fue en la villa de Manlleu. Después del primer sermón, el P. Coll dijo desde el púlpito al numerosísimo auditorio que nuestros deseos no eran otros que los de su salvación, que ninguna paga ni regalo aceptaría por nuestras predicaciones, y que nos contentábamos con el alimento necesario, por lo cual sólo pedíamos como de limosna los comestibles que espontáneamente quisieran llevar a la casa donde se nos había hospedado. Estas palabras no se dijeron al aire; el día siguiente nos trajeron muchos comestibles: de pan, vino, arroz, carne y otros. Llegaron a ser tan abundantes, que el referido Padre a los pocos días, dándoles las gracias, tuvo que decir que cesaran ya de ser tan caritativos con nosotros, porque las provisiones eran sobrantes, aunque la Misión durara más tiempo del que se había prefijado. El fruto de la Misión fue sumamente copioso. Los penitentes eran innumerables; desde la mañana a la noche rodeaban los confesonarios, y no sabíamos cómo despacharlos a todos, a pesar de estar en circunstancias poco favorables para que la gente asistiese; pues había caído mucha nieve, y el frío era intensísimo. Nunca oí que el P. Coll se quejase ni del rigor de la estación, ni del cansancio.”

11.- testimonio del sacerdote Jaime Clotet:

“La segunda Misión en que le acompañé fue en la población de Roda. Allí también nos hospedamos en una casa particular, y nos suministraban la manutención las familias de aquel pueblo. Mas sucedió un caso raro. El día después de nuestra llegada, siendo ya muy tarde, el hermano cocinero, que había de arreglarnos la comida, nos dijo que tendríamos que ayunar; pues no había en casa comestible alguno. El P. Coll, al oír esto, sonrióse y permaneció tranquilo. El no habernos llevado nada fue, sin duda, por haber mediado una mala inteligencia, creyéndose muchos que el Municipio se encargaba de mantener a los misioneros; pues había corrido el rumor de que pondrían una contribución a este objeto, cosa que causó gran perjuicio, pues retrajo a muchos de ejercer su caridad para con los predicadores. Como la divina providencia nunca falta, se presentó al fin el amo de una tienda de comestibles, y preguntó a nuestro cocinero si habían traído algo que dar de comer a los Padres Misioneros, y como contestase que no, corrió el buen hombre y nos llevó una gran provisión de alimentos, y dijo a nuestro Hermano que procurara no nos faltara nada; pues así se lo había encargado una señora de la parroquia, prometiendo pagar de su bolsillo todos los gastos, por haber previsto lo que después nos sucedió. En los días restantes fueron muchas las familias que nos proveyeron de alimentos, y el R. P. Coll, mostrando desde el púlpito nuestra profunda gratitud, dijo que no se molestaran en proveernos, porque estábamos ya muy bien provistos.-